

SAN HILARIO DE POITIERS

COMENTARIO A LOS SAL- MOS 15, 31 Y 41

Commentarium in Psalmos XV XXXI XLI

SABBATISMUS

San Hilario de Poitiers (310–367)
Commentarium in Psalmos XV XXXI XLI · Comentario a los Salmos 15,
31 y 41

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirI-
gual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[COMENTARIO A LOS SALMOS XV, XXXI, XLI.]

ADVERTENCIA SOBRE EL COMENTARIO A LOS SALMOS XV, XXXI, XLI.

Cuánto sobresalió en letras y doctrina san Hilario, consta suficientemente de aquellos elogios con los que los antiguos escritores de la Iglesia celebraron sus méritos. Jerónimo, el máximo Doctor, lo llama columna de la Iglesia. Además, lo llama hombre elocuentísimo, y trompeta de la lengua latina contra los arrianos. En otro lugar, lo llama gran hombre y el más docto de sus tiempos, quien, por el mérito de su confesión, por la industria de su vida y por la claridad de su elocuencia, es proclamado dondequiera que se mencione el nombre romano. Y escribiendo a Leta, exhorta a su hija a que recorra con paso firme los libros de Hilario. Pues tanto estimaba Jerónimo los escritos de Hilario que él mismo transcribió con su propia mano su interpretación de los Salmos Davídicos y el libro muy extenso sobre los Sínodos. Pero también es alabado por Agustín san Hilario como defensor acérrimo de la Iglesia católica contra los herejes, y como venerable disputador católico e insigne doctor de las iglesias, y hombre de no poca autoridad en el tratamiento de las escrituras y en la aserción de la fe. Después de estos doctores de gran nombre, no interesa presentar los demás juicios sobre nuestro obispo de Poitiers, que se sabe que dieron Rufino, Sozomeno, Casiano, Casiodoro y otros.

"Por lo cual —dice Martène—, no podemos dolernos lo suficiente de que muchos monumentos de tan gran Doctor hayan perecido por completo, o yazgan en algún lugar entregados al olvido y cubiertos de polvo. Y ciertamente, en la última revisión de sus obras que preparó nuestro Pedro Coustant de piadosa memoria, nada de diligencia se omitió para que todas salieran a la luz expurgadas de errores e íntegras. Ni fue del todo vano su trabajo: pues aumentó su edición con algunos tratados sobre los Salmos y con respuestas apologéticas a los detractores del libro sobre los Sínodos. Pero no pocos todavía permanecen ocultos.

Por eso, cuando por mandato de nuestros superiores emprendimos un viaje por Alemania, un hombre muy docto nos exhortó a que, al recorrer las bibliotecas, examináramos con singular estudio los códices de Hilario, por si acaso pudiéramos recuperar su tratado sobre Job, el prefacio a Mateo y las exposiciones de más Salmos: pues estaba convencido de que el Salterio completo había sido expuesto por el bienaventurado Doctor. Y he aquí que, mientras discutíamos los libros escritos a mano del monasterio de Anchin, cayó felizmente en nuestras manos un códice elegantemente escrito hace unos seiscientos años, en cuyo umbral se leía este epígrafe: En este volumen se contienen los XII libros de san Hilario, obispo de Poitiers, sobre la Trinidad contra todas las herejías, y otras pequeñas obras del mismo; a saber, el libro sobre los Sínodos contra todas las herejías, el libro contra Constancio, un tratado al mismo;

un libro al mismo, que entregó en Constantinopla mientras aún vivía; las blasfemias de Auxencio, obispo de los arrianos, un libro contra el mismo. Sobre los Salmos. Consultado el índice de los Salmos cuyas exposiciones se echan de menos en las obras editadas de Hilario, encontramos en aquel código las narraciones sobre los Salmos XV, XXXI y XLI, aún no publicadas; las cuales, leyéndolas con estudio, advertimos el método observado por Hilario al escribir, su estilo, la versión más antigua de la escritura y la comúnmente usada antes de la Vulgata elaborada por Jerónimo, citada constantemente en ellos: y nada pareció inconveniente si se las atribuíamos a Hilario."

INTERPRETACIÓN DE LOS SALMOS XV, XXXI Y XLI DE SAN HILARIO, que hasta ahora se echa de menos en las ediciones.

(C,G,S)*

TRATADO SOBRE

EL SALMO XV.

1. Este salmo está prefaciado por la inscripción de un título: pero cuál haya sido la inscripción del título de David, no lo encontramos en la historia. Sin embargo, reconocemos la inscripción del título hecha en la pasión del Señor: y no se puede negar según la interpretación, porque este salmo parece haber profetizado sobre la pasión y resurrección de Cristo, lo cual es manifiesto en aquel lugar donde dice, VERSÍCULO 10: *Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver la corrupción.* Pues David murió y fue sepultado: pero solo la carne de Cristo no vio la corrupción, ni pudo su alma ser detenida en el infierno. Por lo cual el salmo que habría de hablar tanto de su pasión como de su resurrección y herencia, mercedamente fue marcado con la inscripción de un título. Pues, ¿qué contenía en sí el escrito del título que Pilato fijó en su cruz? *Jesús,* decía, *rey de los judíos.* Nombre que él mismo confesó cuando Pilato le preguntó: *¿Eres tú el rey de los judíos (Mc 15, 26)?* *Para esto,* dijo, *vine y para esto nací.*

2. Pero, ¿acaso fue establecido como rey sobre su monte santo de Sion para los judíos carnales? Ciertamente no creo que en este monte terreno

que está en Judea, le haya sido dado al Señor por el Padre un reino, cuyo reino celestial el Apóstol enseña: así como muestra que esta Jerusalén no es la de Cristo, la cual ahora sirve con sus hijos, sino aquella que está arriba, nuestra madre libre, la Jerusalén celestial. Así tampoco es rey de estos judíos que están circuncidados con la circuncisión hecha a mano, sino como enseñó el Apóstol, diciendo: que no es judío el que se ve abiertamente, ni es aquella circuncisión la que se hace en la carne, sino la circuncisión del corazón, cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios; y no es Jesús el rey de estos judíos que se glorían ante los hombres por las obras, sino de aquellos cuya gloria está ante Dios por la esperanza de su gracia. Mira, pues, al Apóstol diciendo de quiénes es la gloria ante Dios. *Pues si,* dice, *Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria ante los hombres (Rm 4, 2);* ¿con qué fin cree en aquel que puede justificar al impío y espera la misericordia gratuita de Dios? Tiene gloria, pero no ante Dios.

3. Por tanto, Cristo es el rey de los judíos, cuya gloria no proviene de los hombres, sino de Dios. Finalmente, también este salmo dice significativamente, VERSÍCULOS 5 y 6: *El Señor es la porción de mi herencia. Las cuerdas me cayeron entre los más poderosos, pues mi herencia es muy grande.* ¿Cuál es, pues, la herencia del Señor sino esta de la que está escrito: *Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya (Sal 2, 8).* Pues los pecadores de entre las naciones creen en aquel que puede justificar al impío. Y si la gloria de

ellos no proviene de los hombres, sino de Dios, entonces Cristo es el rey de esos judíos. Pues no es judío el que se ve abiertamente, ni es circuncisión aquella que se hace en público en la carne. Pero, ¿qué dice? ¿Acaso de aquella circuncisión no creyeron muchísimos? Es verdad que creyeron, pero ellos mismos fueron reducidos al ejemplo de las naciones, para que primero se confesaran pecadores y así merecieran la misericordia, como enseña Pablo escribiendo a los Gálatas: *Si tú,* dice, *siendo judío, vives como los gentiles, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar (Gál 2, 14)?* Nosotros, judíos por naturaleza, y no pecadores de entre las naciones, sabiendo que no se justifica toda carne por la ley. Así, queriendo ganar en Cristo, fue hallado pecador; porque Cristo vino no a llamar a los justificados, sino a los pecadores. Así, también los que creyeron de la circuncisión hecha a mano, creyeron humillados a la confesión de las naciones pecadoras, para que todos fueran herencia de Cristo: no entre aquellos que serán justificados por sus obras, sino entre aquellos que son justificados por la gracia gratuita de Dios. Y esta es la inscripción del título: que él mismo es el rey de los judíos. Por tanto, narra este salmo de qué judíos parece ser rey Cristo y qué razón tiene en la inscripción del título; que no es de aquellos judíos que se vieran abiertamente y cuya circuncisión fuera pública en la carne, sino más bien de aquellos judíos que son judíos en lo secreto, para quienes es la circuncisión del corazón, cuya gloria no proviene de los hombres sino de Dios. Veamos,

finalmente, el texto del salmo, por si atañe a estas cosas que hemos dicho.

4. VERSÍCULO 1. *Guárdame,* dice, *Señor, porque en ti he esperado.* Quien busca una deuda no espera: pues si algo se me debe, lo reclamo por derecho. Pero si alguien me otorga algo por su voluntad, no por una ofrenda; por esta costumbre suya, esperaré su benevolencia. Por lo tanto, este que no magnificaba la justicia por las obras, sino que introducía la gracia gratuita de Dios, dijo: *Guárdame, Señor, porque en ti he esperado.* *Diré al Señor: Tú eres mi Dios.* Pues la potestad del Señor consiste en esto: en hacer con el siervo lo que quiere, no lo que tiene necesidad de hacer. Pero si a las obras se debe una recompensa, él me retribuirá lo que tenga necesidad de hacer, no lo que haya querido. Pues si yo hubiera trabajado, quiera o no quiera, se me debe la recompensa, y por estas cosas se evacuará la gracia de Dios, como dice el Apóstol: *Pues al que trabaja, la recompensa se le cuenta por deuda, no por gracia;* pero quien quiere salvarse no por sus obras, sino por la gracia de Dios, como nos conviene creer a todos; este, esperando en Dios, establecerá para sí el bien que Dios haya querido, no el que haya tenido necesidad de hacer, y por esto significativamente dice, VERSÍCULO 2: *Dije al Señor: Tú eres mi Dios.* Pues nunca un amo da las gracias al siervo si este ha hecho lo que ha mandado; sino que por todas estas cosas querrá que se espere su benevolencia y gracia, como también el Señor enseña diciendo: *¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o apacentando? ¿Acaso cuando

llega a casa le dice: pasa y recuéstate? sino que dice: pasa y sírreme, y después comerás.* ¿Acaso da el amo las gracias a aquel siervo porque hizo así? En verdad os digo que no las da. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos inútiles somos; lo que teníamos necesidad de hacer, hicimos (Lc 17, 7). Por tanto, quien reconoce que tiene un Dios, tal humildad de servidumbre debe mostrar. Pero esta confesión no es de obras, sino de fe. Por tanto, el buen anunciador del Nuevo Testamento dice: *Dije a mi Señor: Tú eres mi Dios.* ¿Y qué dice después de estas cosas?

5. *Porque no necesitas de mis bienes,* VERSÍCULO 3. *Para los santos que están en la tierra.* ¿Qué era tan consecuente como lo que dijo: que sus bienes necesarios no eran para los santos de la tierra, ni aquellos bienes del Señor eran para el uso de los santos habitantes de la tierra? ¿Y cuáles son los bienes de Cristo, cuáles los bienes del Nuevo Testamento, sino los gratuitos, sino la remisión de los pecados? Estos bienes no son necesarios para los santos de la tierra. *No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal (Mc 2, 17).* And properly he called those who justify themselves in their own works, saints not of heaven but of the earth; for their praise is from men, not from God: such as the Lord notes they were, justifying themselves in the sight of men, who, to those reproaching him because he lived with publicans, said: *I did not come to make the righteous safe, but sinners (Ibid.).* Por tanto, la gracia gratuita y la remisión de los pecados no es

necesaria para los justos; pero ciertamente para los justos que se creen justos; pues el verdaderamente justo de la fe viene (f. vive). Estos santos, por tanto, no necesitan los bienes de su hijo. Por lo cual dice más abajo: *No congregaré sus sinagogas de mi sangre.* Pues no es necesaria para tales la redención por mi sangre, para quienes se consideran justos.

6. Pero ¿por qué dice: *Ellos mismos hicieron maravillosas tus voluntades en sí;* VERSÍCULO 4: *se multiplicaron sus enfermedades: después de estas cosas aceleraron?* Trata este lugar el Apóstol muy plenamente a los Romanos: que la ley entró para que se amplificara el pecado. *Donde se amplificó el pecado, allí la gracia sobreabundó (Rm 5, 20).* Pues después que, repudiando la gracia de Dios, fueron hallados en las obras de la ley, para los enfermos se hizo maravillosa la voluntad de Dios, con la cual los provocaba a su gracia. Cualquiera, pues, que quiera salvarse, conviene que quiera ser liberado por la gracia de Dios. Por tanto, bien dice el salmo: *Ellos mismos hicieron maravillosas tus voluntades en sí; se multiplicaron sus enfermedades: después de estas cosas aceleraron.* Pues cuando se multiplicaron las enfermedades de los que querían justificarse por las obras, se hicieron maravillosas las voluntades de Dios que llamaban a la fe de la gracia. Por tanto, dice: *no congregaré sus sinagogas de mi sangre:* es decir, no redimiré a los que no buscan la redención de mi gracia. *Ni me acordaré,* dice, *de sus nombres por mis labios.* Pues quien quiere salvarse en sus obras,

este no confiesa mi beneficio: y *quien no me hubiere confesado delante de los hombres, tampoco yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mt 10, 32).* Pero si no iba a congrega a tales personas, restaba que mostrara a quiénes iba a recibir en herencia. Por tanto, añade por orden:

7. VERSÍCULO 5. El Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz: tú eres quien me ha devuelto mi herencia. Pues si repudiaba a los que se justifican por las obras, ciertamente prefería tener a aquellos a quienes Dios hacía salvos por la gracia. Por tanto, significativamente dice: *El Señor es la porción de mi herencia.* Pues habiendo hecho el Señor salvos por su gracia a aquellos a quienes él dio en herencia, verdaderamente el Señor es la porción de su herencia. Pero el Hijo conservó el obsequio, de modo que no predicaba su herencia como buscada en su propia sangre, sino que decía que le había sido donada por Dios a través de Dios, para que también confiese que el Señor es la porción de su cáliz, es decir, de su pasión. Pues si por la pasión del Señor fueron redimidas las naciones del pecado, sin embargo, esa misma pasión del Señor fue la voluntad del Padre, como atestigua en el evangelio diciendo (según habla el hombre que asumió): *Padre, pase de mí este cáliz: pero no lo que yo quiero, sino lo que tú (Mt 26, 39).* Por tanto, si consideras la voluntad del Señor, él mismo confesó diciendo: *si es posible, pase de mí este cáliz.* De donde también la redención de las naciones ha de ser recibida no en la voluntad del Hijo, sino en la vo-

luntad del Padre. *Pues no lo que yo quiero,* dice, *sino lo que tú.* Por tanto, esta misma gracia por la cual mediante su muerte fueron redimidas las naciones, el Hijo la asigna no a sí mismo, sino al Padre. Por tanto, afirma que el Señor es la porción tanto de su herencia como de su cáliz.

8. VERSÍCULO 6. *Las cuerdas,* dice, *me cayeron entre los más poderosos: pues mi herencia es para mí muy grande.* Pues fue una costumbre antigua que también los límites de las posesiones se midieran con una cuerda: y por eso aquí, cuando hablaba de la porción de su herencia, dijo: *las cuerdas me cayeron entre los mismos más poderosos.* Recibimos, pues, testimonio de este hecho del cántico de Moisés, donde está escrito: *Cuando Dios dispersó a los hijos de Adán, y estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios, y la porción del Señor se hizo su pueblo, Jacob la cuerda de su herencia (Dt 32, 8).* Y mercedamente este, que había dicho que Dios era la porción de su herencia, decía que las cuerdas de su posesión habían caído entre los mismos más poderosos. Pues ¿qué son sino los más poderosos aquellos a quienes el Señor justifica, a quienes el Señor honra? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios que justifica? ¿quién condenó (Rm 8, 33)? Por tanto, quien decía que su herencia futura estaría en tales personas, mercedamente dijo: *Las cuerdas me cayeron entre los mismos más poderosos.* Pero el hecho de que diga *cayeron*, que nadie lo tome como si dijera que su herencia se ha vuelto peor, porque todo lo que cae se vuelve peor; sino que usó una palabra

propia y necesaria. Pues donde alguien no es elegido por el mérito, allí cae como una suerte de gracia; como en la asunción del apóstol que fue subrogado en lugar de Judas, está escrito que *la suerte cayó sobre Matías (Hch 1, 26).* Por tanto, porque no sino por la gracia del Señor tal herencia le tocó en suerte, significativamente dice: *Las cuerdas me cayeron entre los mismos más poderosos: pues mi herencia es para mí muy grande.* Aquí habla el nuevo Adán.

9. VERSÍCULO 7. *Bendeciré al Señor que me hizo entender:* pues nada sabe el Hijo sino lo que vio y oyó del Padre. Por tanto, le bendice a él, que le hizo entender. Y verdaderamente este entendimiento no es del hombre, sino de Dios. Pues ¿quién de los hombres, puestas dos herencias, de las cuales una sea magnífica y rica en obras, y la otra pobre y necesitada, elegiría aquella que necesita de la misericordia ajena? Pero el Hijo, enseñado por el Padre, prefiere tener su herencia entre los que esperan en Dios que entre los que se justifican en sus obras. Así, bellamente dice: *Bendeciré al Señor que me hizo entender: además y como en la noche me instruyeron mis riñones.* ¿En qué le instruyeron sus riñones? a saber, dice, le hicieron entender que es mejor esperar en el Señor que justificarse en su propia obra. Pues, ¿acaso no instruyeron sus propios riñones al mismo Señor como en la noche a esperar en Dios? Pues también su alma se entristeció hasta la muerte. Aprendió a esperar en Dios, y esto es lo que dice: que fue instruido en este entendimiento

por sus riñones como en la noche. Y lo que sigue muestra que habla de su pasión cuando añade:

10. VERSÍCULOS 8-10. *Preveía al Señor en mi presencia siempre, porque está a mi derecha para que no sea conmovido.* *Por esto se alegró mi corazón y exultó mi lengua, además mi carne habitará en la esperanza: porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver la corrupción.* Y ciertamente este texto y orden es manifiesto: pero porque mencionó los riñones y dijo que le instruyeron *como en la noche*; para que no parezcan cosas oscuras, preguntemos. Dios es llamado el escrutador de los riñones y del corazón, en los cuales, como en dos lugares, se mantienen los secretos del hombre. Pero en el corazón está ciertamente el secreto del alma, pero en los riñones el secreto de la carne; cuyas diversidades del hombre interior y exterior entre sí también el Apóstol enseña cuando dice: *Consiento con la ley según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente (Rm 7, 12).* Y en otro lugar: *Por tanto, yo mismo ciertamente con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne a la ley del pecado (Ibíd. 25).* Nuestro mismo Señor Jesús refiere que siente tal cierta disensión cuando dice: *El espíritu está pronto, pero la carne es débil:* pues según el hombre interior consentía con la ley del Padre para padecer; pero según el hombre exterior, como él mismo atestigua, temblaba en la carne. Por tanto, porque los riñones contienen los secretos de la carne que se debilitaba en el tiempo de la pasión, dijo que fue instruido por

sus riñones, para que él mismo entendiera, aunque fuera el Hijo, que debía esperar en Dios. Lo cual similarmente sobre él siente la epístola que se escribe a los Hebreos: *Aunque,* dice, *era el Hijo de Dios, aprendió por las cosas que padeció la obediencia: y habiendo sido hecho perfecto se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Heb 5, 8).*

Pues así le instruyeron los riñones, para que previera a Dios a su derecha siempre para no ser conmovido. A saber, en cuanto a la voluntad, el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Y propiamente dijo que había sido así instruido por sus riñones como en la noche; no dijo *en la noche*, sino *como en la noche*. Pues no se oscurecieron totalmente sus sentidos por el temor de la muerte, él que decía: *Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú (Mt 26, 39).*

Pero sin embargo no estaba sin cierta perturbación, él que confesaba la debilidad y la tristeza. Pues si en otro lugar David dice: *El miedo a la muerte cayó sobre mí, el temor y el temblor me ocuparon, y me cubrió la tiniebla (Sal 54, 6);* rectamente esta tiniebla que viene del miedo a la muerte, la cual conviene que haya sido mínima en el Hijo de Dios, es llamada no *noche*, sino *como noche*. Por tanto, significativamente se dice: *Además y como en la noche me instruyeron mis riñones.* ¿Qué es lo que instruyeron? A saber, lo que sigue abajo: que previera a Dios en su presencia siempre, porque está a su derecha para no ser conmovido.

11. *Por esto,* dice, *se alegró mi corazón y exultó mi lengua; además mi carne habitará en

la esperanza: porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver la corrupción.* *Me hiciste conocer los caminos de la vida: me llenarás de alegría con tu rostro: delicias en tu diestra.* Por tanto, también hay alegrías en la diestra de Dios, con todas las cuales el Hijo está lleno. Pues en las diestras tenía a Dios. *Preveía al Señor,* dice, *en mi presencia siempre, porque está a mi derecha.* Pero ascendiendo al cielo, él mismo fue puesto a la diestra del Padre. En las diestras, cuál sea la siniestra de esa diestra, preguntemos. Conoció, pues, en cierto lugar el Apóstol las armas de la justicia a derecha y a izquierda, a saber, la gloria y la ignominia. Pienso que la derecha es la forma de la justicia, pero la ignominia y la infamia la izquierda. No obstante, ambas son armas de la justicia. Pero para que lleguemos a las armas derechas de la justicia, primero se debe militar en las siniestras. Ciertamente se debe asumir en este mundo la ignominia, la infamia, la debilidad, la necedad y otras cosas semejantes a estas, para que lleguemos a la nobleza, a la gloria, a la virtud, a la sabiduría: todo lo cual recibiremos cuando hayamos llegado allí donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Pues somos sembrados en ignominia, para que resucitemos en gloria; somos sembrados en mortalidad, para que resucitemos en eternidad. Por tanto, nuestro Señor, habiendo sufrido en el tiempo de la pasión las burlas de los azotes y los escupitajos, cuando era acusado como blasfemo, cuando era contado entre los ladrones, puesto en tan gran ignominia e infamia, ¿qué hacía sino

militar en las armas siniestras de la justicia? Por tanto, puesto entonces a la izquierda de Dios, le preveía a su derecha para no ser conmovido. Pero verdaderamente después que resucitó y ascendió al cielo, llegando a la derecha, a la palma de la justicia, a la gloria, a la nobleza, es llenado de alegría con el rostro de Dios y tiene delicias en sus diestras. Sobre las cuales cosas el Apóstol nos exhorta en la esperanza diciendo: *Porque los padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con aquellos bienes futuros que se revelarán en nosotros (Rm 8, 18).* Por lo cual también nosotros más gustosamente nos gloriemos en nuestras debilidades, para que nos proteja la virtud de Dios. Y ahora ciertamente esté el Padre mismo a nuestra derecha para que no seamos conmovidos, habiendo de trasladarnos después a su derecha, a las riquezas de nuestro Señor Jesucristo: a quien sea la gloria. Amén.

TRATADO SOBRE

EL SALMO XXXI.

1. *Salmo de David para entendimiento* nota la profecía que contiene. El Apóstol enseñó que anunciaba el Nuevo Testamento por la vocación de las naciones. En el cual la fe había de ser justificada sin obras, y en el cual se prometía la futura remisión de las iniquidades y el olvido de los pecados por la gracia gratuita de Dios: y para esto la razón es manifiesta. Pero vale la pena seguir todo el texto del salmo, en el cual se detecten los efectos del que salmea. ¿Quién habría visto según la carne las tentaciones que entran en la fe? Pues vio que eran ciertamente bienaventurados aquellos cuya justicia no se computaba por las obras. Pues la ley entró para que se amplificaran los pecados: y la ley fabrica la ira: y donde no hay ley, tampoco transgresión. Por lo cual no inmerecidamente será llamado bienaventurado quien no estuviere bajo la ley, sino que estuviere más bien bajo la gracia.

2. Pero qué clase de fe se requiere, lo notó el salmista diciendo, VERS. 2: Ni se ha hallado engaño en su boca. Creo que ciertamente busca a tal varón como el Señor alabó a Natanael cuando venía hacia él; cuales no eran en Israel, a quienes Dios así había increpado por los profetas: Este

pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí (Is. 29, 13). Ni hay duda de que esto sea engaño: tener una cosa en los labios y otra en el corazón. Por lo tanto, bien dice David en otro salmo: Creí, por lo cual hablé (Sal. 115, 10). Y el Apóstol declara: porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salud (Rom. 10, 10). Así, si uno cree en el corazón lo que los labios confiesan, no se hallará engaño en su boca. Pero si alguien honra a Dios con los labios, mientras su corazón se halla lejos de él, hay engaño en su boca, por el cual propiamente somos marcados en aquel tiempo en que seguimos las doctrinas de los hombres y nuestros propios consejos, repudiando los mandatos de Dios. Pues así está escrito: Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos (Is. 29, 13). Me dan culto, siguiendo los mandatos y doctrinas de los hombres (Mt. 15, 7). Así también el Señor en el Evangelio llama hipócritas a los doctores de la ley, pasando por alto la voluntad de Dios y estableciendo sus propios consejos. Todo hipócrita es simulador y es engañoso. Y ciertamente es un engaño manifiesto prometer fe a Dios y creer en los consejos humanos. Los hombres de esta clase ni pueden remitir las iniquidades ni cubrir los pecados; porque ponen su salvación más en los consejos de los hombres que en el auxilio de Dios. Finalmente, el profeta nota su propia tentación, por así decirlo, en la vacilación de la fe; y como castigándose a sí mismo, advierte lo que otros deben evitar, diciendo: cuando la pesada mano de Dios había estado

sobre él —esto es, perseverando en muchas tentaciones—, ciertamente había clamado a Dios, pero no había perseverado en el clamor: sino que después había callado, y por el silencio continuamente se habían envejecido sus huesos.

3. Pero qué debemos estimar espiritualmente que son los huesos, lo hemos notado frecuentemente: que así como los huesos son el estabilizamiento y la fortaleza de su cuerpo, así también la paciencia es el estabilizamiento y la fortaleza de nuestra mente; así aquí, este que no pudo perseverar hacia Dios cuando la mano de Dios se agravó sobre él, sino que desfalleció y calló, se dice que mercedamente se envejecieron sus huesos: esto es, que envejeció su paciencia. Pues toda vejez trae enfermedad. Por lo tanto, es manifiesto que su paciencia se debilitó. Y propiamente puso "haberse envejecido" (*inveterasse*), esto es, haber vuelto a la antigua impaciencia: pues el hombre nuevo y el nuevo nacimiento tienen una paciencia perseverante; de donde el Apóstol dice: La tribulación producirá paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; pero la esperanza no confunde, porque la caridad de Dios ha sido difundida en nuestros corazones (Rom. 5, 3). Por lo tanto, porque en el hombre nuevo la caridad de Dios ha sido difundida en el corazón por el Espíritu Santo que clama: Abba, Padre; mercedamente es perseverante su paciencia, para que pueda decir: ¿Quién me separará de la caridad de Dios? ¿La tribulación, la angustia, o la desnudez, o el hambre, o la espada? (Rom. 8, 35). Pero el que desfalleció clamando y esperando en Dios,

bendice porque se envejecieron sus huesos; lo cual es: volvieron a la antigua impaciencia, al desfallecer la caridad del nuevo nacimiento, que nunca desespera del Padre.

4. ¿Qué enseña pues? Que esta es para nosotros una fiel promesa: que si hay iniquidad u operación de pecado, aunque se haya hecho pesada la mano del Señor sobre nosotros, y nos haya cargado con muchas tentaciones, no debe desfallecer nuestro clamor a Dios. ¿Y si calláramos? Que volveríamos a los antiguos pensamientos, requiriendo remedio en nuestros propios consejos, aplicando cuidados y solicitudes, y por nuestra propia sabiduría dejando la esperanza que es de Dios, la cual es más firme que todos nuestros pensamientos. And notando esto como en una tentación, el profeta salmea, VERS. 3 y 4: Puesto que callé, se envejecieron todos mis huesos; habiendo clamado todo el día y la noche; se agravó sobre mí tu mano. ¿Y qué dice últimamente? Fui vuelto en miseria, mientras se me hincó la espina. Por lo tanto, abiertamente significa que, por este vicio de que en las tentaciones sobrevinientes había cesado de clamar a Dios y de esperar, sucediendo el silencio y la taciturnidad, había recibido en sus pensamientos los cuidados y solicitudes de su vida, y por esto se había vuelto en miseria, dejada por supuesto la esperanza del auxilio de Dios: y significativamente dice que se le ha hincado una espina. Pues el Señor enseña en el Evangelio que las espinas son los cuidados y solicitudes del sustento, por los cuales se sofoca la palabra: o esta espina que el profeta dice habersele hincado

—esto es, el cuidado y la solicitud de la vida—, desde aquello en que calló y desistió de clamar a Dios, por lo cual confiesa haberse vuelto en miseria. Y puesto que estos cuidados y solicitudes seculares frecuentemente reptan en nuestros ánimos, aun cuando no se atienden, dice: Hazme conocer mi pecado.

5. Y los separó, distinguiendo la iniquidad del pecado; porque la iniquidad de ningún modo puede ser desconocida. La significación de esta palabra es aun más apropiada en griego. Pues llaman anomian (sin ley), por lo cual se significa el tiempo en que el mundo vivió sin ley, cuando todavía en la vida gentil no conocía a Dios. Pues es necesario que todos los convertidos al Señor confiesen que fue damnable la vida del tiempo anterior. Pero ciertamente, porque definimos el nombre de pecado en esto: en lo cual uno entra en los cuidados y solicitudes y pensamientos del sustento, los cuales son tan muchos y variados, y cuyas imágenes ocurren tan frecuentemente aun a los buenos contra su voluntad; ¿quién puede detectarlo en su propia observancia? Por lo tanto, sobre esto bien requiere el auxilio de Dios el profeta diciendo, VERS. 5: Hazme conocer mi pecado, Señor. Y en esto encontramos manifiestamente que el nombre de pecado se mantiene desde el principio del mundo, si discriminamos la misma transgresión del primer formado. Pero será largo seguir sobre esto; no obstante, los sentidos que discriminan entre el pecado y la iniquidad igualmente se manifiestan a quienes los siguen. Pues sobre el pecado pide que se le haga conocido;

pero sobre la iniquidad dice que no se la ha ocultado a sí mismo. Pues aquello, porque no era sin el conocimiento del hombre, restaba en ello la medicina de la humildad para que lo anunciara y lo confesara al Señor. Pero ciertamente el pecado, cuya variedad podía entrar sigilosamente aun en el ignorante, y cuya multitud podía engañar y estar oculta, deprecia que se le haga conocido. Perseveró finalmente en la significación de la palabra; y porque separaba la iniquidad del pecado, dijo: Yo renunciare, dice, mi iniquidad contra mí, Señor. Así también aquí no anunciaré mi pecado, Señor, sino mi iniquidad. Pues no podía anunciar el pecado, cuyo conocimiento buscaba para sí del Señor. Pero ciertamente la iniquidad que tenía en la conciencia, esta, dice, anunciaré contra mí ante el Señor. Pues para la iniquidad no hay ninguna otra medicina sino la confesión a Dios. Pues hacemos ignorantemente lo que el Señor hace reconocido, cuando la conversión ha realizado el reconocimiento del mismo, y es necesario que siga la penitencia. Así, después de esta iniquidad, si hubiere confesado ante el Señor y la hubiere anunciado contra sí mismo —convertido, por supuesto, en acusador de sí mismo—, redimirá la impiedad de su corazón. Y aquí con razón prudente dice: Dije: pronunciaré mi iniquidad contra mí, Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón. Finalmente, el que no confiesa la iniquidad al Señor, recibe soberbia contra el Señor, y así adquiere la impiedad. Pues no reconoce al Señor como el Padre de toda la creación. Por el contrario, el profeta llama humilde a aquel

que confesará —y por esto deprecia el crimen de impiedad—; lo cual es ciertamente lo contrario de soberbio.

6. Por esto pues, dice, deprecará el humilde y justo a ti en el tiempo rectamente. Hay pues un tiempo cuando no está rectamente el justo ante el Señor. El mismo profeta enseña en lo subsiguiente diciendo, VERS. 6: Pero en el diluvio de muchas aguas no se acercarán a Él. Por lo tanto, en el diluvio de muchas aguas no es el tiempo recto para que el justo se acerque al Señor; pues no es propio del varón justo dar audacia a su alma, como también dice la ley: No darás audacia a tu alma. Que si alguno busca al Señor en los profundos y altísimos misterios, y escruta todos sus juicios: y si acaso estima que puede bastarse para sostener todas sus oleadas (*fluctus*), no será este un varón justo, ni útilmente intentará acercarse y buscar al Señor en el diluvio de muchas aguas; puesto que en la exaltación de su propia sabiduría, habrá intentado pulsar los secretos de sus profundidades. Así también el apóstol Pablo: Y para que por la multitud, dice, de las revelaciones no me exalte, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee: por lo cual tres veces rogué al Señor: y me fue dicho: Te basta mi gracia: pues la virtud en la enfermedad se perfecciona (2 Cor. 12, 7-9). Y así aquí el profeta, habiendo dicho que los justos y humildes no se acercarán al Señor en el diluvio de muchas aguas, mostró él mismo en qué tiempo debe serle más requerido el Señor, VERS. 7: Tú eres, dice, mi refugio de la tribulación que me circunda. Y aquí por tanto más se gloria

en las enfermedades, para que lo proteja la virtud de Dios, como dice Pablo: De buena gana pues me gloriaré en mis enfermedades, para que me proteja la virtud de Cristo (Ibíd. 9). Finalmente también subyugó: Exultación mía, líbrame de los que me circundan. Llama al Señor su exultación: porque no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza; sino que en esto se gloríe cada uno, en que conoció y teme al Señor. Exultación mía pues, líbrame de los que me circundan.

7. VERS. 8. Entenderé y me uniré a ti en este camino por el cual caminarás: fijaré en ti mis ojos. Sigue el precepto que se manda: Caminarás tras el Señor tu Dios. Y esto es el varón fiel: no elegir por sí mismo el camino, sino seguir el camino mismo que el Señor mostró, pensar que es recto aquello que Él mandó. Finalmente dice: Confirmaré en ti mis ojos; para que ciertamente no vean ninguna otra senda, sino la que dirija el Señor: lo cual dice en otro salmo más manifiestamente: Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor nuestro (Sal. 122, 2); a saber, no que nosotros mismos seamos dirigidos a intentar lo verdadero; sino que el Señor convierta nuestros ojos, los cuales deberán estar en sus manos; y porque esté en su potestad donde abra nuestra vista, y donde la cierre.

8. Que si alguno no se acerca a este refugio de Dios espontáneamente, aprendamos cómo el profeta castiga a tal, con quién lo compara, qué prohíbe. No quieran, dice, VERS. 9, hacerse como el caballo y el mulo, en quienes no hay entendimiento. Pues el hombre obedece a la palabra, y

escucha a la voz. Pero ciertamente aquellos de quienes se puede decir: Busqué y no hubo hombre, llamé y no hubo quien escuchara (Is. 63, 5); de tal clase son el caballo y el mulo: en el freno y el bozal deben ser obligados a ir allá donde no quieren. De lo cual postula el justo que la dura cerviz y las duras mandíbulas de ellos se ablanden por el tormento y la violencia. And benignamente el profeta no quiere que ellos sean dejados a su dureza, quienesquiera que espontáneamente no se acercan al Señor: sino que más bien expostula por cualesquiera suplicios sean arrastrados, con tal que se salven. Por lo tanto dice: En el freno y el bozal de las mandíbulas de ellos conduce, a quienes no se acercan a ti.

9. VERS. 9. Muchos los azotes del pecador. Pues por estos el Señor fabrica la salvación para los pecadores: pues infiriendo plagas y tribulaciones, educa la soberbia de los pecadores para que se acostumbre a temer. Pero al que espera en el Señor la misericordia lo circundará. Pues no debe ser conducido ni por freno ni por bozal, ni ser argüido por el azote para que se acerque, aquel cuya esperanza está siempre en el auxilio de Dios. Por lo tanto, a este es próxima su misericordia. Por lo cual, como dice el profeta, VERS. 11: Gócense en el Señor, y exulten los justos, y alégrense todos los rectos de corazón. Por Jesucristo Señor nuestro, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

TRATADO SOBRE

EL SALMO 41.

1. Pienso que la disciplina de explicar generalmente debe ser guardada en todos los salmos: que primero se inspeccione el título, y a él mismo se adapte todo el salmo. Pues ni alguno es tan estulto que, habiendo prometido que ha de hablar sobre el cedro, describa la encina: mucho menos el Espíritu de Dios, que creemos que habló por el profeta, habría notado una cosa en el título y dicho otra en el cántico del salmo, como en el presente caso David ciertamente cantó aquellas cosas que debían ser el entendimiento para los hijos de Coré (Núm. 16, 8): pues así es la pretitulación del salmo. Leemos pues que la sinagoga de Coré en el tiempo de Moisés murmuró contra la ordenación de Dios, para que intentaran usurpar para sí y arrebatar la cima de la ministración del sacerdocio que Aarón y sus hijos habían recibido según la voluntad de Dios. El cual vicio de la codicia el Apóstol nota y advierte de algún modo arguyendo: Así les digo por la gracia que me es dada en todos ustedes, que no sepan más de lo que conviene saber (Rom. 12, 3); sino que sepa cada uno de ustedes según lo que el Señor impartió como medida de la fe: Pues como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero

todos los miembros no tienen los mismos actos; así muchos somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada uno miembros de los otros, teniendo carismas diversos (Ibíd. 4-6). Por lo tanto, a uno se le da la ministración, a otro la profecía, a otro la virtud, a otro el sermón de la doctrina. Que si alguno, queriendo saber sobre medida, se saliera de la medida de la partición del Señor, se encuentra en la estulticia de Coré, y será llamado espiritualmente hijo de Coré: y para estos tales se cantará el entendimiento, este salmo que enseña.

2. VERS. 2. Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma al Dios vivo. Pienso pues que no sin causa fueron puestas las "fuentes" de las aguas, cuando habría sido lo más próximo que dijera: como desea el ciervo las aguas; pero prefirió nombrar las fuentes de las aguas, esto es, el origen y principio de las aguas; sabiendo por supuesto por la sabiduría espiritual —la cual sola conoce las raíces de los árboles y las naturalezas de las bestias— que también este animal mudo desea no cualesquiera aguas próximas, sino las mismas fuentes de las aguas, y apetece los principios más limpios y más puros de los arroyos. Por cuyo ejemplo quiere que se nos advierta, para que también nosotros deseemos al mismo Señor, fuente de la vida y de la sabiduría, que es cabeza de todos. Pues una sola es esta fuente, de la cual se realizan muchas divisiones de aguas espirituales, como curaciones, profecías, géneros de lenguas, ministraciones, el sermón de la ciencia, el sermón de la doctrina. Pero también los modos de los prójimos no deben

ser así apetecidos que, por la emulación y la concertación y las discordias, descuidemos los deseos de la misma fuente. Pues lo descuidamos a Él siempre que no queremos guardar la medida de su división y ordenación en paz y caridad. Así, en la semejanza de los hijos de Coré figurados quienesquiera que se encontraren en esta soberbia, serán advertidos por este salmo, para que entiendan más bien hacia qué deben intentar su deseo, diciendo el justo: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas; así desea mi alma al Dios vivo.

3. VERS. 3. ¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? Se me han hecho mis lágrimas panes día y noche, mientras se me dice diariamente: ¿Dónde está tu Dios? Pero de esto mismo, 'cuándo vendré y apareceré', se nos muestra que no es impetrable desde lo próximo; y a menos que nuestras lágrimas nos hayan sido pan día y noche, de ninguna manera se llegue a la faz del Señor. Y debe el entendimiento de los hijos de Coré seguir el orden de la doctrina, para que sepa llegar hasta la casa de Dios por muchas tribulaciones y vejaciones e improperios (improperia), para que no se exalte en su soberbia, sabiendo que la virtud se prueba más en las enfermedades, ni arrebate para sí la dignidad, porque el Apóstol dice: Sientan esto en ustedes lo que también en Cristo Jesús: quien, estando en forma de Dios, no consideró rapiña el ser igual a Dios; sino que se humilló a sí mismo, tomando forma de siervo, y hallado en el hábito como hombre. Se anonadó a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil.

2, 5-8); en la cual, estando clavado, oyó estos improperios: ¿Dónde está tu Dios? cuando le decían exprobrándole: Venga y líbrelo (Mat. 27, 43). Se enseña, pues, como dije, a la sinagoga de Coré, por cuántas tribulaciones y lágrimas se accede a la casa: las cuales lágrimas bellamente dice el profeta que fueron en pan para él, esto es, en alimento de vida eterna; y viene por orden, para que diga en lo subsiguiente:

4. VERS. 5. De estas cosas me acordé, y derramé en mí mi alma, porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Y ciertamente algo se debe decir aquí de antemano sobre la significación de la palabra, qué sea 'derramé' (effudi). Dice que se derramó por esto, porque había de pasar al lugar del tabernáculo hasta la casa de Dios. Pero los bienes del espíritu son el tránsito hasta la casa de Dios. Derramar, pues, el alma, es operación de buena esperanza: ¿pero qué conocemos de ello en el uso común? porque todo lo que se derrama, se arroja y perece, ni es tan salvo como cuando se retiene en un vasito. Pues esto es derramar: verter fuera lo que hubieras tenido cerrado en alguna parte. Así, el que dijo 'derramé mi alma', no se ha de entender que dijo otra cosa sino 'arrojé y perdí y tuve por vil'. ¿Cómo, pues, por eso arrojó y perdió, porque había de pasar al lugar del tabernáculo hasta la casa de Dios? a menos que tal vez manifieste el precepto de Dios, que dijo a sus discípulos: Quienquiera que salvare su alma, la perderá; y quienquiera que la perdiere, la salvará (Luc. 17, 33). Y en verdad guardó el orden: pues habiendo

hablado antes de las tribulaciones, puesto que se habían hecho sus lágrimas pan día y noche, mientras se le decía diariamente: ¿Dónde está tu Dios? 'De estas cosas', dice, 'me acordé, y derramé en mí mi alma': en lo cual no se ha de entender que dijo otra cosa sino 'arrojé y perdí y tuve por vil'. ¿Cómo, pues, arrojó su alma para Dios? Pues sabe el justo que cuantas veces sobrevienen tribulaciones y persecuciones e improperios por el nombre de Dios, se ha de perder y arrojar y tener por vil el alma, para que sea salva en el día del Señor; y por eso también aquí significativamente, muestra que no derramó su alma porque deseperara de la esperanza de la vida futura; sino que derramó el alma porque había de pasar al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Enseñados pues por este salmo, cuantas veces persiga el enemigo e impropere contra nosotros el nombre del Señor, derramemos ante él nuestras almas, preparados para perderlas, para que las salvemos: no derramándolas por eso, como si desesperáramos de la confianza del auxilio de Dios; sino por esto, porque estemos ciertos de que nos han de ser devueltas, y de que hemos de pasar en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios.

5. Comencemos ya aquí a preguntar qué lugar sea este tabernáculo admirable, en el cual habrá un tránsito hasta la casa de Dios. En los libros antiguos encontramos el tabernáculo hecho por Moisés para el Dios de Israel, en el cual se guardaba el arca del testimonio (Exo. 26, 1), y en este se celebraban todos los misterios, y aquí apare-

cieron ellos primero ofreciendo hostias ante la faz de Dios, hasta que por Salomón fue edificada la casa de Dios, y pasó el arca del tabernáculo de pieles al templo instruido con piedras: pero aquel tabernáculo que había estado en el desierto, y aquellas pieles que antes cubrían los techos del templo, fueron admirables por su ministerio. Finalmente, en el Cantar de los Cantares su esposa alaba así sus inicios: Negra soy y hermosa, hijas de Jerusalén, como el tabernáculo de Cedar, como las pieles de Salomón (Cant. 1, 4). Y en otro salmo David, aunque concupisciera estar en los atrios del Señor, alaba sin embargo también sus tabernáculos diciendo: Cuán admirables, dice, Señor, concupisce mi alma estar en los atrios del Señor (Sal. 83, 2). Pues ciertamente es admirable el tabernáculo de Dios; pero más de desear la casa de Dios. Finalmente, también el mismo David, con el reino de Israel ya pacificado, como el arca de Dios en Silo morara bajo las pieles (pellibus) del tabernáculo, concupisce edificar la casa de Dios. ¿Pero qué le dice el profeta? No me edificarás casa (2 Sam. 7, 7): no es de todos edificar la casa de Dios. Por lo tanto, como hacia mayores ascensiones, debemos realizar un tránsito en el lugar del tabernáculo, para que lleguemos hasta la casa de Dios. Y se nos advierte por el ejemplo de Jerusalén, porque no se edifica antes la casa del Señor sino vencido el enemigo y el pecado: pero sin embargo tanto tiempo estamos en el tabernáculo cuanto se atravesase el desierto, y se entre en la tierra del Jordán, inicio de la herencia prometida, y sea debelado todo enemigo cananeo.

6. Pero esto interesa entre la dignidad del tabernáculo y la casa: que en el tabernáculo no siempre se habita; pero en la casa siempre, como en las ascensiones significa David diciendo: Porque eligió el Señor a Sión, la tuvo por habitación para sí: este es mi reposo por los siglos de los siglos (Sal. 131, 13). Pero ciertamente en el tabernáculo no tiene reposo: pues se ha de mover en el tiempo de la guerra, en el cual también se retiraba la nube de él, la cual significaba la presencia de Dios: la cual semejanza rectamente se comparará a nosotros mientras peregrinamos en este cuerpo, venzamos en esta ecuanimidad todos sus vicios, para que ningún enemigo quede viviendo o vigente. Pues nos visitará también en el tabernáculo Dios, y en el tiempo de la quietud: pero cuando haya surgido la lucha con los vicios, se ha de apretar nuestro tabernáculo, y prepararse para la expedición de la guerra; ni podrá expandirse, ni deleitarse en el reposo de Dios en el tiempo en que se haga la interpelación de los vicios: y te precederá Dios ciertamente en la lucha, para que si caminas tras él, venzas fácilmente a tus enemigos, pero habitar en aquel tiempo en ti no puede. Así, aunque venzas, aunque sobrepujes los vicios de la carne, por esa misma conflictación manchas tus manos en tu sangre. Ni serás idóneo en este tiempo para edificar la casa del Señor, así como es reprobado David que había trabajado en la sangre. Pero aquel edifica la casa del Señor que entra en el reposo, que por ningunos vicios es inquietado, para quien todo enemigo está extinguido, que puede decir: Pero para mí el mundo

está crucificado y yo para el mundo (Gál. 6, 14); en quien todas las cosas viejas pasaron, se han hecho nuevas, cual reino de Salomón se refiere en figura de lo nuestro. Pero si en el curso de esta vida nadie se encontrara tan perfecto que, limpio de toda interpelación de pecado, pueda llegar a la casa de Dios: podré sin embargo decir así, 'puesto que pasaré al lugar del tabernáculo hasta la casa de Dios': esto es, en esta vida presente, para que mientras estoy en este mundo, pase al lugar del tabernáculo; puesto que diariamente se ha de librar lucha contra la carne y la sangre, contra las maldades espirituales. Pero cuando haya sido resuelta la habitación de este tabernáculo, como dice el Apóstol, y recibamos la casa no fabricada por manos, sino eterna en los cielos; cuando haya sido transfigurado el cuerpo de nuestra humildad en semejanza del cuerpo del Hijo de Dios: entonces llegaré a la casa de Dios, en cuyo tiempo pueda habitar en mí para siempre; y rectamente salmearé, 'puesto que pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios'.

7. Y será este mi tránsito en la voz de exultación y confesión, el sonido del que banquetea. Ni es de admirar si la sombra de los bienes futuros tuvo imagen de esta jocundidad, ya sea cuando David, transfiriendo el arca de Dios del tabernáculo de Siló, entraba en Jerusalén con coro y tímpanos celebrando el día festivo, o cuando Salomón, edificado el templo, introdujo todo el ministerio en mucha exultación de los que cantaban y salmeaban a Dios. Ni es de admirar, digo, cuando cada uno de nosotros conmutará este

tabernáculo de su cuerpo en aquella casa no fabricada por mano, sino eterna en los cielos, si será su tránsito en la voz de exultación y confesión, el sonido del que banquetea.

8. Aquel pues que percibió esta esperanza, meritoriamente interpeló la tristeza de su alma diciendo, VERS. 6: ¿Por qué, alma, estás triste, y por qué me conturbas? Espera en Dios, porque le confesaré a Él, el salud de mi rostro y mi Dios. Y ve si no conviene a este entendimiento que hemos seguido, que en el tiempo de la persecución y del improperio del nombre de Dios, de tal clase de esperanza consuele al alma el justo. ¿Por qué estás triste, alma, y por qué me conturbas? Espera en Dios porque le confesaré a Él. Pero puesto que no puede ser que quien arroja su alma a la muerte no sea turbado por alguna contristación —puesto que aun el mismo Señor de todas las virtudes, el mismo príncipe de la fe, el mismo Hijo de Dios, quien antes de que viniera al tiempo de la cruz hablaba con confianza para decir: Nadie quita mi alma de mí, tengo potestad de poner mi alma y de nuevo resumirla (Juan 10, 18); el mismo sin embargo en la hora próxima de la muerte, 'está turbada', dice, 'mi alma hasta la muerte' (Mar. 14, 34); y, 'Padre, si es posible, pase este cáliz de mí' (Mat. 26, 39), y en el último gemido: 'Dios, Dios mío, por qué me has desamparado' (Mat. 27, 46). Así también este salmo, mostrando en orden la imagen de la persecución, cuántas conflictaciones y tribulaciones han de ser sostenidas por el justo, por las cuales ha de ser tentada y probada su fe; por eso dice, VERS. 7: Dios mío,

turbada está en mí mi alma. ¿Pues quién es aquel cuya alma no se turbe en el tiempo de los que persiguen el nombre de Dios? Fuera de aquella necesidad de la fragilidad humana, fuera de las trepidaciones corporales, hay una cierta peculiar perturbación de la fe, cuando parecen los perseguidores del nombre de Dios crecer y dominar, ni vindicar Dios a sus siervos, ni subvenir a las tribulaciones de ellos, ni extender contra sus enemigos su potente diestra. Y por eso, porque nadie en un tiempo de tal clase retiene el sentido de los juicios de Dios, es bella aquella exclamación del Señor: Dios, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? con la cual muestra que no entiende la causa por la que es desamparado. Y si aquel maestro de la sabiduría y narrador del Padre, el Hijo, así es perturbado que interroga al Padre por qué lo había desamparado; ¿qué harán los demás, por justos que sean, cuando las alturas de los juicios de Dios sobrevengan a ellos? No obstante enseña el salmo qué debemos retener y hacer únicamente en estas perturbaciones. Pues conviene a todo hombre justo cuando es tentado, cuando es atribulado, cuando es angustiado, cuando llega a la perturbación del alma —aunque por qué le sucedan estas cosas no lo entienda— sin embargo no dejar la fe, ni condenar la credulidad, que enseñó el profeta diciendo: Por eso me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y del Hermón desde el monte módico. Pues porque turbada está en mí mi alma, por eso, dice, me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y del Hermón. Pues en la tierra del Jordán significa el ingreso de la

herencia prometida al pueblo de Israel. Y puesto que nosotros, comparando las cosas espirituales con las espirituales, consideramos que el ingreso de nuestra herencia es la fe. Esta es pues la puerta de nuestras promesas. Por lo tanto, donde el Profeta quiso encomendar el inicio de nuestra fe, allí nombró la tierra del Jordán y el monte Hermón. Así también en el Cantar de los Cantares donde fue hecha la primera vocación de la Iglesia: Ven, dice, desde el Líbano, esposa; ven desde el Líbano, esposa; ven desde el Líbano (Cant. 4, 8): pasando pasarás, y pasarás desde el inicio de la fe, desde la cabeza del Hermón. Ni mueva a nadie que en este lugar también Sanir sea nombrado, puesto que es el mismo monte Sanir que el Hermón, el cual enseña la historia por Moisés en el Deuteronomio que está constituido en la tierra del Jordán. Y recibimos, dice, en aquel tiempo la tierra de manos de los dos reyes de los amorreos, que estaban junto al Jordán, desde el torrente hasta el Hermón Sanir (Deut. 3, 8). El amorreo lo nombró Sanir. La cabeza pues del Hermón, que está en la tierra del Jordán, es llamada el inicio de la fe. Por eso allí también Juan es oído como el primer precursor, y a Juan primero es mostrado Cristo: allí de Espíritu Santo el Señor es llenado, allí es dado el testimonio de la voz paterna: Este es mi hijo en quien me he complacido (Mat. 3, 17). Aquí progresando los inicios de las virtudes, aquí los inicios de los signos con los cuales el Hijo de Dios es creído haber obrado.

9. Meritoriamente pues la cabeza del Hermón es llamada inicio de la fe: de donde nos conviene

ser memoriosos de nuestro Dios, salud de nuestro rostro, cuantas veces en las tentaciones nuestra alma se turba. Pues el inicio de la fe es la simple primera credulidad, por cuya vía entramos a la fe de Dios por Jesucristo. Pero la sabiduría se busca entre los perfectos (1 Cor. 2, 6): qué variedades sean las de los juicios de Dios, qué alturas las de sus pensamientos. Así, aunque en el tiempo de las persecuciones, en la perturbación de la muerte instantánea desfallezca la sabiduría, el inicio sin embargo de la fe no se deje: sino al menos en aquella simple y desnuda credulidad seamos memoriosos de Dios, sabiendo que no tiene en nosotros el enemigo potestad, sino cuanto se permite. No abusemos sin embargo con la jactancia de la mujer insipiente, por la cual se dijo: ¿Dónde están las obras de la justicia de Dios? Job, ¿de qué aprovechó el temor del Señor? (Job 22, 3). Pero cuantas veces llegare el pensamiento a esta perturbación, será justo según la doctrina de este salmo decir: Dios mío, perturbada está mi alma; por eso me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y del Hermón desde el monte módico. Por lo tanto también significativamente al monte Hermón añade la apelación de 'módico': pues el inicio de la fe es un monte pequeño, y para el cual hay muchas ascensiones hasta el reino de los cielos; por los contumelias, por las injurias, por las tribulaciones, por la muerte de cruz el creer en Dios es el primer ascenso: cuantas veces en aquel vértice amarguísimo de la cruz se perturbare mi alma sobre el inicio de la fe, sobre el monte

módico; me acordaré, Señor, que eres salud de mi rostro.

10. Pues el abismo invoca al abismo (*abyssus abyssum invocat*) en la voz de tus cataratas, esto es, los flujos de la tentación de Dios, por la cual la tierra padecerá: ¿porque las alturas de sus pensamientos y juicios quién las conoció? Diluvio es el sentido del Señor, cuya magnitud queriendo mostrar el justo, puesto que de sus tribulaciones hablaba: El abismo, dice VERS. 8, invoca al abismo, en la voz de sus cataratas.

11. Todas tus alturas y tus flujos pasaron sobre mí. Da la causa de por qué está turbada su alma: pues el abismo invoca al abismo en la voz de las cataratas. Antes hemos hablado ya de qué hayamos pensado que sea el abismo; damos sin embargo razón de qué dice de esto mismo el profeta: Tus juicios, Señor, abismo mucho (Sal. 35, 7): pues hay un gran profundo en las alturas de los juicios de Dios, como en nosotros tan frecuentemente que juicio a juicios sigan, ¿qué carne emerja, qué carne sostenga? Ve al apóstol, aunque en paz tratara, intentando sin embargo el misterio de Dios, perturbado exclama: ¡Oh altura de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables sus juicios, cuán ininvestigables sus vías! (Rom. 11, 33)! Esta altura del corazón de Dios por lo tanto rectamente es llamada abismo, cuyo profundo nadie conoce: pues hay muchas alturas donde no hay fin. Y meritoriamente aquí el abismo nos invoca al abismo en la voz de tus cataratas. Constituyamos ciertas especies de abismos, por lo cual el tratado luzca más. He

aquí el Hijo de Dios en muchos signos y virtudes viniendo cura varias enfermedades de muchos, y es acusado de que haga sanidades. ¿Quién alguna vez oyó mal de quien bien haya hecho? Y admite el Padre tan impía contumelia de su Hijo: he aquí un abismo. Se construyen juicios de Dios, se comparan falsos testigos como contra un blasfemo e irreligioso, siendo Él el solo verdadero testigo de Dios: y dicen los impíos testimonio, y obtienen la causa: he aquí otro abismo sigue al anterior. Es abofeteado, flagelado, en lúdico hábito es compuesto, exulta y se mofa el enemigo, en el Hijo de Dios toda larga impiedad transita: he aquí ya un tercer abismo es superinvocado, es condenado en la cruz el Señor de la gloria, entre ladrones e impíos es computado. Ve cuántos juicios el abismo siga, para que meritoriamente por este pueda decirse: Todas tus alturas y flujos pasaron sobre mí.

12. Y aquí ya pienso que se ha dicho suficiente. Pero para que nadie requiera y piense que de propósito hemos pasado por alto qué sea lo que dice: 'En la voz de tus cataratas el abismo invoca al abismo', repitamos un poco sobre la voz de las cataratas. Tienen ciertamente estas visibles cataratas de las aguas sus voces, porque es necesario que las emisiones de los ríos suenen y estrepiten. Y cuantas veces desde un infinito lago de estanques o por la erupción de fuentes surgen hacia la salida ríos, cuya profundidad de ninguna manera pueda desfallecer y ser exhausta; bellamente de estos se dice 'el abismo invoca al abismo en la voz de las cataratas'. Pero nosotros debemos

acordarnos de qué abismos hable el profeta, de los cuales también hemos hablado antes. Por lo tanto debemos conocer también las cataratas de estos: pues encontramos que todas las erupciones de los juicios de Dios han sonado por las voces de los profetas, las cuales aquí estimo llamadas cataratas. El abismo invoca al abismo en la voz de las cataratas. Tras la predicación de los profetas siguieron los juicios de Dios, y como si se llamaran a sí mismos hacia aquella voz que había enviado antes para que la siguieran. La voz de la catarata fue: Oprimamos al justo porque nos es inútil, y es contrario a nuestras obras, y se nombra a sí mismo Hijo de Dios (Sab. 2, 12). Otra voz de la catarata es: Como oveja fue llevado a la víctima, y como cordero ante el que lo trasquila no abrió su boca (Is. 53, 7). Hay también otra voz: Taladraron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos (Sal. 21, 17). Está también aquella voz: Dividieron mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suerte (Ibíd. 19): y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. 68, 22). ¿And qué necesidad hay ahora de referir todas las voces de las cataratas, cuando llenos están los libros de los profetas de las contumelias y pasión del Señor? Puesto que por lo tanto a todas las predicaciones siguió también la fe de los hechos, en esta voz de las cataratas el abismo invocó al abismo, para que supliera por supuesto los efectos de sus sonidos. Por lo tanto, porque de tales abismos hablaba el profeta, oportunamente subyuntando dice:

13. VERS. 9 y 10. Entre el día mandó el Señor su misericordia, y en la noche la manifestó: ante

mí mi oración al Dios de mi vida: diré a Dios, mi suscriptor eres, ¿por qué te has olvidado? Da por supuesto doctrina y consolación a todos los justos, para que si cubiertos por muchos flujos de tentaciones, padecen perturbación del sentido, la cual tiniebla de los ojos es llamada noche; se acuerden de que siempre en esta noche se manifiesta la misericordia de Dios potente, a menos que sea el tiempo causa de miserar. Pero cuando hayamos llegado al peligro, y la perturbación por la desesperación de la vida haya hecho una cierta noche a nuestro corazón, entonces si pudiéramos decir: Ante mí la oración a mi Dios: diré, mi suscriptor eres, ¿por qué me has desamparado? Esto por lo tanto se ha de retener en la noche; y cuando los demás sentidos se perturban, esto sin embargo no debe desfallecer: que clamemos al Señor: ¿por qué me has desamparado? sobre cuyo discurso antes tratamos: porque aunque no entendamos la causa de los juicios de Dios de por qué nos deja en algunas tentaciones; no nos conviene sin embargo desfallecer en deprecar de Él la misericordia.

14. ¿Por qué, dice, camino triste, mientras me aflige el enemigo, VERS. 11, y quebranta mis huesos? Esta por lo tanto será siempre incluso en la noche ante el justo su oración. Lo que pues dice: 'Quebranta mis huesos': de ninguna manera, la muerte próxima, se ha de subentender; sino porque aquí en la tribulación se quebrantaba su paciencia, la cual es el establecimiento y fortaleza de nuestra mente, tal como los huesos lo son del cuerpo: llamó huesos a la paciencia, la cual será

quebrantada con asiduas tribulaciones: 'mientras quebranta', dice, 'mis huesos', me impropereaban los que me atribulaban, cuando decían diariamente: ¿Dónde está tu Dios? Pero aunque esta grave mano sienta el justo, qué sin embargo sea necesario hacerse, y qué remedio se ha de obtener en las persecuciones, enseña diciendo, VERS. 12: ¿Por qué estás triste, alma mía, por qué me conturbas? Espera en Dios, porque le confesaré a Él, salud de mi rostro y mi Dios. El cual ejemplo habiéndosenos propuesto, si alguna vejación, si alguna presión, si algún impropio del nombre de Dios viniere sobre nosotros, si triste estuviere nuestra alma, si se perturbare, digamos nosotros: Espera en Dios, porque le confesaré a Él, protegiendo Jesucristo Señor nuestro, a quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.